

Political crisis in the European Union: technocratic thinking and possibilities for an alternative European ethos Crisis política de la Unión Europea: pensamiento tecnócrata y posibilidades de un ethos europeo alternativo

Silvério Rocha-Cunha, University of Évora, Portugal

Marco António Martins, University of Évora, Portugal

Resumen—Este texto pretende abordar el problema del vacío político en una Europa en crisis. Parte de los supuestos ideológicos que subyacen a la modernidad política y sus aporías, viendo en algunos de ellos imposibilidades absolutas que no permiten cumplir otros. Así, partiendo de diagnósticos críticos, sobre una base político-filosófica, y ético-política, examina algunas soluciones que provienen del pensamiento de Habermas, dejando de lado las explicaciones institucionalistas y funcionalistas, pronunciándose más bien por un análisis normativo. Palabras Clave—Unidad Europea, Tecnocracia, Liberalismo. Abstract—This text aims to address the problem of the political vacuum in a Europe in crisis. It starts from the ideological assumptions that underlie political modernity and its aporias, seeing in some of them absolute impossibilities that do not allow the fulfilment of others. Thus, starting from critical diagnoses, on a political-philosophical basis, it examines some solutions coming from the thought of Habermas, leaving aside institutionalist and functionalist explanations, rather opting for a normative analysis. Keywords—European Unity, Technocracy, Liberalism. Submitted—22-04-2019. Accepted—13-01-2020. F•

Silvério Rocha-Cunha, Associate Professor with Habilitation of the School of Social Sciences at the University of Évora, and Deputy-Director of the Research Center in Political Science.

Marco António Martins, Professor of International Relations at University of Évora, integrated member of the Research Center in Political Science

E-mail: mabm@uevora.pt

DOI: <http://dx.doi.org/10.21814/perspectivas.2522>

1. La melancolía de la democracia liberal

- L**a problemática de la democracia y de sus derivaciones contemporáneas continúa, aparentemente, sujeta a las dos célebres apreciaciones de Rousseau cuando, en 1762, constata en *Du Contrat Social*: “L’homme est né libre, et partout il est dans les fers. Tel se croit le maître des autres, qui ne laisse pas d’être plus esclave qu’eux” (Rous-

PERSPECTIVAS - JOURNAL OF POLITICAL SCIENCE, VOL. 2211seau 1943, 58). Y más adelante: “Le peuple angloispense être libre, il se trompe fort; il ne l’est quedurant l’élection des membres du Parlement: sitôtqu’ils sont élus, il est esclave, il n’est rien. Dansles courts moments de sa liberté, l’usage qu’il enfait mérite bien qu’il la perde”” (Rousseau 1943,340). Estos dos juicios demuestran con claridadla perplejidad con la que la Modernidad encaródesde temprano sus propias aporías. Rousseausurge como siendo, después de Hobbes y de Locke– el primero en cree en el establecimiento de unEstado-nación absoluto, el segundo en la infinitaposibilidad de acción de los hombres sobre elmundo –, aquel pensador que sitúa el problemade la comunidad política como principio que debeorientar a los hombres en su infinita búsqueda delmejor régimen para vivir en conjunto.Su actualidad deriva del hecho de que el pen-samiento político occidental es, en cierto modo,ambivalente en lo que respecta a la forma encómo organizar a los humanos (Gauchet 2007).Por una parte, evidencia una creencia ilimitadaen el progreso técnico y en las posibilidades uni-versalistas de las promesas utópico-políticas quelas grandes revoluciones modernas propusieron alas masas (y que se pueden considerar sintetizadasen el lema de la Revolución Francesa: “Liberté,égalité, fraternité”). Por otro lado, sin embargo,el liberalismo triunfante nunca dejó de encararla política como gestión de recursos escasos (Ha-bermas 1975, I: 71 ss.) y, como consecuencia,tuvo que encuadrar la necesidad del orden socialen el tejido artificial del contrato pensado comomecanismo apto para, en simultáneo, apartar laviolencia natural de los hombres y garantizar laprosperidad y la felicidad.De esto resultan diversas consecuencias dura-deras, siendo una de ellas la persistencia de lasoberanía basada en un poder que debería ejer-cerse al servicio de una idea de sociedad liberal,pero que, paradójicamente, podría tener que ig-norar (como lo hace) esa misma idea (Habermas1975, I: 93 ss.), lo que justificó, por lo demás,mucha de la capacidad del liberalismo para pactarcon elancien régimecuando subió al poder enel siglo XIX. Pero una consecuencia mayor seimpuso: en realidad, el liberalismo moderno tuvosiempre presente en su horizonte la idea de laescasez, lo que introdujo una profunda relaciónentre liberalismo y ansiedad (Wolin 2012, 369ss.), ya que la propiedad privada y el trabajo sepresentieron desde el principio como formas deexploración de la naturaleza. Es más: como biensubraya Wolin, el control de la naturaleza pasóa encararse como “ritual insano realizado con elritmo irregular de creación y destrucción”(Wolin2012, 371), lo que se tradujo en una sociedad deconsumo que siempre ha asociado la relación en-tre hombre/naturaleza a una forma de hostilidadabierta, cuando no incluso de guerra latente, yque permanece hasta nuestros días, ya sea por

el darwinismo asumido como doctrina social, ya sea por la intensidad tecno-económica con la que se abastecen de comida a las multitudes humanas. Esta correlación estrecha entre escasez y ansiedad vino acompañada, además, por el proceso de secularización, lo que desembocó en la radicalización de la problemática del arbitraje de los conflictos, una vez que, diluido lo sagrado, se hizo necesario “comprender” las formas que se concibieron para una gestión más eficiente del equilibrio social. Ya ha sido señalado (Enríquez 1983, 308 ss.) que todas las concepciones básicas (marxistas, liberales, autoritarias) poseen, más allá de sus diferencias, el trazo común de recalcar los datos esenciales de la vida, en el caso del liberalismo el de ofrecer una visión “neutra” de lo político en nombre de mecanismos que surgen como siendo “naturales”, que presuponen reglas del juego en vez de juego con reglas, que confunden legalidad con legitimidad (Enríquez 1983, 312). Toda esta confluencia de factores, que pretendieron gestionar de forma simplificada los sistemas sociales – en el ámbito de una racionalización que había olvidado que cualquier sistema social es siempre, de algún modo, aproximativo y plural –, construyó un paradigma de racionalidad dentro del círculo que él mismo había creado, cimentado en un equívoco fundado, no ya en la ecuación entre medios y razones suficientemente ponderadas, sino, antes, en la ecuación entre medios y fines que se dan previamente como únicos o indiscutibles, lo que produjo sistemas sociales y políticos de donde se extrajeron algunos de los ideales típicos del liberalismo inicial, “utópico”, como, por ejemplo, el de que el mundo se encontraba, sin restricciones, a disposición de los hombres para la realización de su felicidad.